

rehusaron constantemente los dones que su cariño les ofrecía. Estas dos hermanas, modelos de la mas tierna amistad, y de una moderacion mucho mas rara, no quisieron casarse nunca por no separarse, contentándose con el estado en que habian nacido. Seducido Novorgevo por la ambicion hizo un casamiento brillante : su mujer se portó con modestia y arreglo, pero le causó mil pesares con su genio orgulloso y altivo : murió dejándole seis hijos, tres niños y tres niñas, de los cuales el mayor tenia ocho años. Entónces Novorgevo hizo dimision de todos sus empleos y pidió su retiro. Los honores y grandezas no habian hecho mas que deslumbrarle ; quiso finalmente gozar de la tranquilidad. Salió de la corte y fué á ver á sus hermanas para no separarse mas de ellas. Luego que llegó aquí hizo construir ese vasto edificio, pero conservó intacta la humilde morada de sus padres que se halla al extremo de este bosque, y es para él como un templo reverenciado que va á visitar todos los dias. Se dedicó enteramente á la educacion de sus hijos, y sus hermanas le ayudaron en esta empresa ; al mismo tiempo renovó la amistad con los labradores amigos antiguos de su padre, y despues de haber examinado con cuidado lo interior de sus familias escogió entre ellos los maridos y mujeres que destinaba á sus hijos. En consecuencia de este proyecto se encargó de la educacion de los jóvenes que se proponia elegir para yernos y nueras. No era esta educacion muy esmerada : solo queria que supiesen leer, escribir y contar ; que tuviesen buen modo, pureza de costumbres, una devocion verdadera y aficion al trabajo. Ha logrado sus virtuosos designios conforme deseaba, casando todos sus hijos como lo habia pensado, y hoy dia es el mas venturoso de todos los padres. Como cada año se iba aumentando su numerosa familia, que vive con él, se ha visto en la precision de ir construyendo sucesivamente los doce pabellones que rodean su casa : en ella vive, como los antiguos patriarcas, en compañía de sus dos respetables hermanas y una multitud de hijos y nietos, todos vestidos como él y como sus padres, esto es, de aldeanos y aldeanas, pero disfrutando todas las conveniencias de la vida, y gozando de una felicidad poco apetecida del comun de los hombres porque no la conocen. Al acabar mi amigo su narracion entrámos en el bosque. Reparé que de cada árbol pendia una tarjeta en la cual estaba escrita una fecha y un nombre ; pregunté á mi amigo qué significaba aquello. Es preciso, me dijo, que ántes de

todo sepa Vd. una costumbre antigua de esta provincia, y cuyo origen ignoro. Luego que nace una criatura, su padre planta un árbol, en el cual se pone el nombre del niño y el año en que ha nacido¹. Así es que cada propietario de un terreno de tal cual extension tiene uno de estos bosques sagrados en donde nunca llega la segur á los árboles ; pero cuando algun árbol se seca ó descaece por algun



acontecimiento, entónces se determinan á cortarlo, lo que se hace con mucho aparato. Se junta toda la familia y los vecinos : delante de todos se corta el árbol y se trascribe en un libro de familia la inscripcion que estaba en el árbol, añadiendo el año en que ha sido cortado : los parientes y vecinos firman esta nota como testigos del hecho. De este modo se conservan para siempre en esos registros los nombres y memoria de nuestros antepasados, y con tanta mayor certeza cuanto que en otro libro se escribe el año del nacimiento de cada criatura, especificando la especie de árbol que se ha plantado en el *bosque de familia* el dia en que nació.

Aun hablaba mi amigo cuando oímos á lo léjos el ruido de varios

¹ Es muy cierto que existe en Rusia esta costumbre, pero no estoy cierta de si es en la Livonia.

instrumentos campestres. Vamos, me dijo él, á ver plantar el árbol del niño que ha nacido esta mañana : ahora verá Vd. al venerable Novorgevo rodeado de una numerosa corte. No podemos hablarle ahora; pero sé de cierto que acabada la ceremonia vendrá á saludarnos, y nos convidará á comer. Diciendo esto apretámos el paso y guiados por la música llegámos á un paraje del bosque en donde todos los árboles eran muy jóvenes, y hallámos juntas unas doscientas personas, contando quince ó veinte niños pequeños. Todos estaban vestidos del traje peculiar á los aldeanos de Livonia. El de los hombres no tenia cosa particular, pero el adorno de las mujeres me pareció tan singular como gracioso : su tocado consistia en unos velos de muselina que no ocultaban sino una parte de sus cabellos y que las cubrian enteramente las espaldas : todas llevaban ajustadores de un color oscuro, ceñidores de cintas adornados con franjas, y guardapiéses primorosamente bordados. Me adelanto y distingo en medio de aquella multitud á un anciano de aspecto dulce y majestuoso, vestido como los demas, pero cuyo traje sencillo y grosero formaba un contraste muy singular con el brillante adorno que le distinguia. Llevaba al cuello una colonia blanca, de la cual pendia una magnífica cruz de brillantes¹. Ese es Novorgevo, me dijo mi compañero; la Orden de que está decorado debe dárselo á Vd. á conocer. Esa distincion le es sin duda muy grata : el agradecimiento y no el orgullo le hace llevar con gusto ese honorífico premio que ha merecido al cariño que le tiene su soberana. — ¿Dígame Vd., pregunté yo entónces, quién es aquel jóven que está á su derecha? — Es uno de sus nietos, respondió mi amigo, padre del recién nacido : vea Vd. á su derecha dos ancianas, aquellas son sus hermanas, y todos los restantes que están mas inmediatos á él son sus hijos ó nietos. — ¿Cuántos son en todo? — Poco mas ó ménos unas sesenta personas, contando los yernos y nueras, y todos viven en el recinto que Vd. ha visto. Lo restante del concurso se compone de los parientes, vecinos y amigos de la familia; pero atendamos, que empieza la ceremonia.

Entónces me acerqué al anciano cuanto pude : vi que tomaba tin azadon y que hacia con brazo robusto el hoyo para plantar el árbol. Acabada la ceremonia el viejo, segun costumbre, pronunció varias

¹ La Orden de San Andres instituida por el zar Pedro el Grande

bendiciones sobre el árbol acabado de plantar. Le deseó *que viviese tanto tiempo como el pino Pedro Novorgevo* (que era el árbol mas antiguo del bosque), y que el niño, cuyo nombre tenia, pudiese sentarse algun dia á su sombra *con los hijos de sus nietos*. Dicho esto se trajo el libro, en el cual sentaron su nombre los principales del concurso. Despues tomó el anciano en sus brazos al niño, objeto de la fiesta, y todos salieron del bosque al son de los instrumentos.

Seguímoslos al otro extremo del bosque, en donde habia formado un espacioso salon de enramadas cercado de los árboles mas grandes y hermosos que hasta entónces habia yo visto en el bosque. Este salon nos presentó un espectáculo delicioso. Todos los árboles estaban cubiertos de guirnaldas de flores y de yerbas olorosas, y una docena de pulidas cunas dispersas sin orden, y colgadas con cintas de algunas gruesas ramas, eran como Vds. verán el adorno mas interesante de aquel sitio campestre. Mi compañero me enseñó *el pino Pedro Novorgevo* : admiré su prodigiosa elevacion, y viendo á alguna distancia de él dos encinas, entre las cuales estaba colocada sobre un trono de céspedes una columna de mármol blanco, dije á mi amigo : Sin duda que estos dos árboles merecen particular aprecio al buen viejo. — Seguramente; la mas vieja de esas encinas tiene el nombre de su abuelo, y la otra el de su padre. La columna es un monumento del amor que les profesó. Hay en ella una inscripcion rusa que contiene el elogio de Anastasio y de Alejo Novorgevo; elogio dictado por el corazon y la verdad, y cuyo sentido es el siguiente : « El cielo para recompensar su sincera piedad les « hizo conocer la verdadera dicha; la gozaron buscándola en sus « familias entre las delicias del campo y las tareas de la agricul- « tura. » — Pienso, proseguí yo, que aquella cuna mas adornada que las otras y colgada de esas dos encinas está destinada al recién nacido. — Así es : vea Vd. ahora como se acerca el viejo, y va á poner el niño en la cuna. Con efecto, despues de haber abrazado e anciano tiernamente á su biznieto le colocó en ella : formó despues un trofeo con diversos instrumentos de agricultura que le presentaron, y lo ató á uno de los árboles al lado de la cuna. El mismo explicó lo que significaba aquello, diciendo que dedicaba á su biznieto á las tareas del campo, concluyendo este último discurso leyendo en alta voz la inscripcion de la columna de mármol. Luego que el anciano cesó de hablar, las madres que llevaban á sus hijos

en brazos los pusieron en las demas cunas y se sentaron al pié de los árboles, teniendo en las manos el cabo de una cinta bastante larga, atada por el otro extremo á las cunas. De cuando en cuando tiraban de ellas, lo que producía en las cunas un movimiento ligero que divertía ó hacia dormir á los niños ¹.



En tanto que estas madres, las mas de ellas de edad de veinte ó veinte y cinco años, no hallaban placer mas dulce que el de ocuparse con sus hijos, los jóvenes de ambos sexos así de la familia como de la vecindad se juntaron en el centro del salon, y ejecutaron varias danzas, cantando coplas relativas á la funcion. Cantaron tambien un largo romance, cuyo título era *las cuatro estaciones del*

¹ Las aldeanas rusas cuelgan de los árboles en tiempo de verano las cunas de sus hijos, y los mecen del modo que queda dicho.

año. Despues de haber pintado los placeres de la primavera, del verano y del otoño se celebró el invierno con mucha mas prolijidad. Se hizo una agradable descripcion de las diversiones que disfrutaban en el norte en tiempo de hielos y nieves, y se alabaron de un modo ingenuo y gracioso las largas noches de invierno que se pasan tan deliciosamente en medio de una familia amada, reunida en torno del hogar paterno.

Acabadas las coplas se bailó al son de las *balalayas* ¹: entre tanto varias muchachas andaban por la sala con cestas llenas de tortas y de *clougwa* ² que ofrecían á todos los que estaban viendo bailar. Al mediodía los vecinos y parientes se despidieron del anciano y se fueron. El anciano nos convidó á comer á mi amigo y á mí: nos llevó á la choza en que habia vivido su padre: Este sitio, nos dijo, me ofrece los mas dulces recuerdos; todas las mañanas vengo á meditar en él. Si hubiese podido contener mi numerosa familia, aquí hubiera acabado mis dias: diciendo esto se sentó sobre una estera y nos hizo poner á sus lados. Hablaba bastante bien el francés, y respondió á todas mis preguntas con la urbanidad propia de un hombre que ha vivido veinte años en la corte, y con la bondadosa é ingenua franqueza de un solitario y de un labrador. Me pintó su ventura con los mas vivos coloridos, y despues prosiguió diciendo: He conocido la corte, he conocido todos los gustos que los honores, la vanidad y privanza pueden dar de sí: entónces tenia yo la cabeza ocupada y el corazon vacío y disgustado. Devorado de temores y de inquietudes, tenia que guardarme de las asechanzas del odio y de los furoros de la envidia, tenia en fin que tolerar el tedio de las solicitudes injustas é importunas; finalmente, cada dia padecia el dolor de hallar descontentos é ingratos, añadiéndose á esto la falta de un verdadero amigo digno de este nombre. El cielo me abrió los ojos: me hizo conocer que el hombre, arrojado para poco tiempo en esta tierra, es un insensato cuando acumula bienes perecederos, y sacrifica su descanso á la codicia. Es cierto que haciendo dimision de mis empleos perdía la mitad de mis riquezas, pero recobraba la libertad. Renunciando las pasiones y volviendo á los placeres que la naturaleza ofrece, recuperé la salud que habia perdido, y volví á encontrar la felicidad tan pura de que habia dis-

¹ Especie de guitarras con mástil muy largo.

² Fruta muy sabrosa, mas pequeña que la cereza, y muy comun en Rusia.

frutado en mis primeros años; así es que la sencillez de gusto y de costumbres prolonga y hace grata nuestra vida, y hace los últimos instantes de nuestra carrera tan felices y venturosos como los primeros de la niñez, cuyo recuerdo nos es tan grato, únicamente porque se han pasado con la inocencia y en la calma de las pasiones.

No me cansaba de escuchar al virtuoso Novorgevo; pero la hora de comer interrumpió esta conversacion. Nos pusimos á la mesa en el salon de verdura, en el cual se habia bailado. Contemplaba yo con admiracion al viejo en medio de su familia sentado á la mesa entre sus dos hermanas. No entendia lo que decian sus hijos; pero veia la expresion de sus rostros que pintaba la alegría, y la inspiraba. Despues de comer nos condujo Novorgevo á su casa; era esta tan sencilla como capaz, todos sus muebles consistian en camas sin cortinas, mesas y sillas de palo, y esteras de junco: su adorno le hacian muchas frondosas ramas de árboles⁴ entretejidas con mucho arte, y que cubrian todas las paredes de los cuartos. Toda la familia podia estar cómodamente en la sala; se gastó en conversacion cerca de una hora, y entónces cada uno se fué á sus negocios. Quedámos solos con el amo de casa, el cual nos propuso si queríamos dar un paseo por la huerta. Luego que llegámos á ella se quitó la Cruz de San Andres, colgándola de un árbol, y tomando un almocafre, se puso á trabajar sin dejar de hablar con nosotros.

Tenia la huerta una extension prodigiosa: advertí en ella varios trabajadores que luego conocí eran los hijos de la casa con quienes habíamos comido. Entónces supe que los demás estaban empleados en tareas de la misma clase en el campo fuera del recinto de la casa, y que entre tanto las mujeres se ocupaban en las haciendas domésticas. Unas estaban encargadas de la cocina ó de la lechería; otras hilaban, cosian ropa blanca, ó hacian sus vestidos y los de sus hijos. Nadie estaba un instante ocioso hasta las siete de la noche, hora en que toda la familia se juntaba en la sala grande ántes de cenar. ¡Con qué gusto se sentaban á la mesa, y con qué apetito cenaban!... Ántes de irse á acostar leia el buen Novorgevo á sus

⁴ Es costumbre en Rusia en tiempo de verano, y sobre todo entre los aldeanos y gente del pueblo, adornar de este modo con ramas lo interior de las casas. De esto nace que andan por las ciudades muchos hombres vendiendo ramos de árboles para este fin. En los cuartos se ponen estos ramos en varias vasijas llenas de agua.

hijos una breve instruccion moral y cristiana: acabada esta, todos se ponian de rodillas, y el viejo recitaba en alta voz algunas oraciones, y concluia dando la bendicion á toda su familia. Entónces se iban todos á acostar y á disfrutar de las delicias de un sueño tranquilo. Al dia siguiente marché de aquella casa, sacando de ella y del venturoso filósofo que la habitaba un recuerdo que jamas se borraré de mi memoria y de mi corazon.

Al acabar de decir el abate estas palabras se levantó la Baronesa dándole gracias, y todos se retiraron á sus cuartos, por ser ya cerca de las diez y media. Algunos dias se pasaron sin haber veladas, porque la Marquesa, á quien tocaba referir una historia, estaba constipada; por tanto se pasó el tiempo de la velada hablando. Acordóse César de que la Baronesa habia dicho en la historia de Olimpia *que el honor era mas severo que las leyes*, y le pidió le explicase la causa de esto. Las leyes, respondió la Baronesa, se han hecho para todos los hombres; no se pueden esperar de la multitud sentimientos generosos y delicados, por consiguiente no deben las leyes prescribir acciones grandes. Si fuesen mas severas sería muy corto el número de personas que las observasen, y no producirian un bien general: así que se limitan á prohibir los delitos é injusticias manifiestas, porque han sido establecidas para el pueblo y no para los sabios: bien puedes conocer que el hombre cuya probidad consistiese únicamente en obedecer á las leyes, no sería ni virtuoso ni verdaderamente estimable, á causa de que se puede ser despreciable aun cuando no se cometan aquellas acciones que sugentan á las penas impuestas por las leyes. De todo esto puedes inferir por qué la ley autoriza algunas veces lo que el honor prohíbe, y por qué hay tantos pleitos que cubren de ignominia al que los entabla, aunque esté seguro de ganarlos. Puede decirse tambien que hay ciertos delitos que nuestras leyes no castigan, como, por ejemplo, la calumnia cuando no produce algunas funestas resultas. — Pero un calumniador, interrumpió César, pierde su honor en el concepto de todos. — No hay duda, y lo mismo sucede con aquellos que se valen de la indulgencia de la ley para hacer acciones malas en sí mismas. — No comprendo muy bien eso, respondió César: ¿qué cosa es un hombre deshonorado? — Llámase así á un hombre á quien la voz pública acusa de no tener honor... — Segun eso, la multitud conoce toda la fuerza de la virtud, y del buen modo de pensar,

puesto que es mas severa que las leyes : por tanto me parece que las leyes hechas para la multitud deberian mandar la práctica de las virtudes. — Aun el hombre mas vicioso y grosero se ve en la precision de amar la virtud y aborrecer el vicio. Las pasiones le hacen obrar contra su conciencia; y esta conciencia que le reprende sus delitos, le manifiesta los ajenos tanto mejor, cuanto que entónces no tiene interes propio que le haga repugnante este conocimiento. Por tanto obra mal y juzga bien : débil y corrompido cede á sus pasiones; pero cuando está sereno y sin interes propio que le ciegue, condena en los otros, instigado de un primer movimiento, los mismos excesos de que él se deja llevar. Lo que es despreciable le repugna, lo que es generoso y amable le conmueve y le deleita. Mal padre é hijo ingrato, con todo no hubiera visto sin enternecerse á la vieja de *l'Ange-Sund*, bendiciendo á sus hijos, y al ruso Novor-gevo en medio de su familia. Admiraria estos rasgos sublimes, pero no sentiria el menor deseo de imitarlos; ¿pues cómo podria obedecer á una ley que se lo mandase? Este hombre que acabo de pintar es una imágen verdadera de la multitud : tales son los hombres en general. La consecuencia mas importante de estas reflexiones es que todos condenan y vituperan las acciones malas, y que todos tambien ensalzan la virtud; con que si se estima la reputacion y aprobacion general es preciso ser siempre bueno, noble y estimable.

Tambien tengo yo que hacer una pregunta, dijo Carolina; hay una palabra cuya significacion ignoro. Varias veces he oido decir *preocupaciones*, y no comprendo muy bien lo que quiere decir. — Por preocupaciones se entiende una opinion que no es fruto de una reflexion madura, y que no estriba sobre ninguna razon sólida. Victoria, por ejemplo, cree que el que lleve consigo un pedazo de la cuerda de un ahorcado ganará siempre que juegue : á esto se llama preocupacion. No son ciertamente las reflexiones que ha formado sobre la posibilidad del caso las que se lo han hecho creer. Si la preguntas por qué tiene esa opinion, te dirá que su tia, su madre ó su abuela lo decian así, y no sacarás mas razon que esta. No todas las preocupaciones son igualmente necias, pero conozco muchas que me lo parecen tanto, y que son muy comunes. He visto muchas mujeres huir de la compañía de una persona que cuidaba de un enfermo con sarampion ó con viruelas, y he visto estas mismas mujeres sentadas con mucha serenidad al lado del médico que visitaba

los mismos enfermos. He visto otras muchas cosas de esta clase, que equivalen á la cuerda del ahorcado de Victoria. Hay tambien otra especie de preocupaciones, que léjos de ser ridículas, son al contrario respetables por ser hijas de una sensibilidad viva y delicada. Dejemos creer á los gemelos que se aman tiernamente, que padecen recíprocamente los males físicos que uno de los dos tiene; dejemos creer á una madre, que será capaz de conocer en medio de mil criaturas á un hijo que nunca ha visto : estos dulces errores de los corazones sensibles son frutos de los sentimientos mas virtuosos; no debemos, pues, despreciarlos. Finalmente, toda opinion que no puede hallar apoyo en algunas razones, y cuya falsedad manifiestan claramente los hechos y la experiencia, es una preocupacion. Pero á ménos de no concurrir todas estas circunstancias no debemos afirmar que una cosa, por mas extraña que pueda parecernos, es quimérica ó disparatada. — En efecto, la historia de Alfonso nos ha hecho ver que hay en la naturaleza una multitud de fenómenos, cuyas causas ni aun los mas sabios pueden explicar. — Por eso no debemos llamar preocupaciones sino aquellas cosas que no solo repugnan á la razon, sino que tambien están convencidas de inciertas por los hechos mismos. — Ahora comprendo muy bien lo que es preocupacion; y puesto que todas las que no nacen de la sensibilidad son ridículas, como el creer que el mártés es dia aciago, ó que si el salero se dorrara es señal de una desgracia... — Tambien debes comprender que no puede llamarse preocupacion todo aquello que la religion, las leyes y el honor nos manda; por ejemplo : ¿el respeto que tenemos á los muertos y á sus sepulturas es preocupacion? — No, señora, porque la religion manda que los honremos, siendo ademas una obra de misericordia el enterrarlos. — Muy bien dicho; ¿mas debe llegar ese respeto al exceso que comunmente vemos, cuando dicen que es ménos delito hablar mal y publicar los defectos de un vivo que los de un muerto? — Esta pregunta me enreda. — Consulta, pues, en semejantes ocasiones á la guia mas segura de todas, que es la religion; mira si esta manda que se tenga mas miramiento con la memoria de los difuntos que con la reputacion de los vivos... — No por cierto; lo que manda es amar al prójimo como á sí mismo, y hacerle bien por el mal que nos haya hecho¹ : y así creo seguramente, que es mas delito destruir la

¹ « Bendecid á los que os persiguen; bendecidlos, y guardaos de maldecirlos... No os

reputacion de una persona viva, que ajar la memoria de otra que haya muerto. — Considera tambien que una persona muerta no padece, y que la detraction aflige y desespera á la que vive : así que la opinion de que os hablaba no es mas que una preocupacion : si despues de muerto un enemigo procurase alguno denigrar su memoria por medio de imputaciones inciertas, este tal tendria tanta vileza como cobardía, puesto que el enemigo muerto no puede impedir el efecto de las voces que se esparcen contra él. Si viviese podria destruir las dudas, y aclarar las conjeturas ; pero no podria justificarse de un hecho positivo y averiguado ; esta es la causa por qué sería cobarde y vil el que formase una acusacion infundada contra un muerto. Sin embargo debeis creer que en cualquier caso desapruebo y aborrezco este encono insensato contra los que ya no viven : solo he querido haceros ver que es ménos crueldad ajar la reputacion de los muertos, que destruir la de los vivos. — Mamá, dijo Carolina, tendré muy presente esta conversacion : no olvidaré que debemos preservarnos de las preocupaciones ridiculas, y respetar aquellas que proceden de la sensibilidad y bondad del corazon. — Y tambien, añadió la Baronesa, debeis tener presente, que cuando se quiere conocer si se debe adoptar ó desechar una opinion, es menester examinarla con madurez, y si su creencia ó incredulidad debe tener alguna influencia en nuestra conducta ó modo de pensar, se debe consultar á la religion, á las leyes y al honor, conformándose exactamente con lo que estos oráculos sagrados manden ó aconsejen. — En efecto, dijo el abate, si desean Vds. ser felices, deben penetrarse de las grandes verdades de la religion, alimentando su espíritu con sus santas máximas, que si así lo hacen ellas le señalarán una regla exacta de todas sus obligaciones.

Dos dias despues de esta conversacion hallándose la Marquesa de Clemira sola con Carolina, le dijo : Esta mañana cuando entré en tu cuarto vi que tu criada te calzaba, y extraño mucho que consientas semejante cosa. ¿Cómo has podido envilecerte, envileciendo al mismo tiempo á una persona semejante á ti? No exijas, pues, jamas de una criada mas que aquellos servicios que te sean absolutamente necesarios ; excúsala en cuanto sea posible todo aquello que

vengueis por vuestras propias manos, queridos hermanos míos ; ántes bien dad treguas á la ira, porque está escrito : A mí solo toca la venganza. » (*Epist. de S. Pablo á los Romanos*, cap. xii.)

pueda fatigarla é inspirarle repugnancia. No tengas la bajeza é inhumanidad de abusar de su situacion, negándole los miramientos que le son debidos. Si en adelante quieres ser amada y respetada de tus criados, acostúmbrate desde ahora á respetar tambien en ellos los sagrados derechos de la humanidad. Yo no puedo vestirme sola, y así una criada me ayuda á peinarme y vestirme, pero puedo desnudarme muy bien sin que nadie me ayude, y bien sabes que desde que estoy casada no he hecho velar á ninguna criada, ni permitido que me esperase, desnudándome sin su ayuda. He vivido en el mundo ; iba á los bailes, volvía á casa á las cuatro ó las cinco de la mañana muy adornada, con un vestido guarnecido de flores y gasas, prendidas con un millar de alfileres : no era muy fácil deshacerse de todo aquel embeleco por mí sola, pero queria yo mas tomarme este trabajo, y acostarme media hora mas tarde, que no que me ayudase una pobre criada medio dormida y de mal humor, que al desnudarme hubiera en su interior maldecido mil veces mis diversiones y su suerte. Ahora tengo ménos mérito en desnudarme sola, porque los adornos que gastamos en Champcery no son muy embarazosos. — ¿Tampoco llama Vd. nunca de noche? — No, á ménos que no esté mala. Si despues de acostada necesito de algo, me vuelvo á levantar aunque sea en el rigor del invierno. Estoy tan acostumbrada á ello, que no se me hace penoso : es una costumbre que nada me cuesta, y que me da una actividad que creo muy saludable, porque no hay cosa que debilite tanto como la pereza y mollicie. Sirviéndose uno á sí mismo adquiere una fuerza y agilidad increíbles : no parezco muy robusta, y sin embargo no se pasa noche alguna sin que haga alguna prueba de mis fuerzas ; unas veces cargo con un cántaro grande lleno de agua, otras en tiempo de invierno pongo en mi chimenea algun tronco de leña, quizas mas pesado que todo mi cuerpo... — Yo, mamá, quiero imitar á Vd. ; de aquí en adelante me desnudaré sola si Vd. me lo permite. — Aun eres muy niña para eso. Tu edad es el tiempo de la debilidad y dependencias físicas ; pero puedes desde ahora ayudarte á ti misma mas de lo que haces, y cuando tengas quince años será bien que te acostumbres á desnudarte sola... — Prometo á Vd. que no volveré á faltar al miramiento que debemos tener con los que nos sirven. — Hay tambien otros muchos miramientos que guardar con los criados, entre otros el de no decir nunca delante de ellos directa

ni indirectamente expresion alguna que pueda moverlos á avergonzarse de su estado. Sería, por exemplo, una crueldad odiosa citar delante de un criado algun proverbio insultante con referencia á la clase en que se halla, como el siguiente : *mentir como un lacayo*. Se han de evitar, pues, con el mayor cuidado semejantes groserias, las cuales al mismo tiempo que les causan rubor, excitan su sentimiento y odio contra nosotros. Tambien se debe tener mucho cuidado en no hablar delante de ellos de cosas que puedan alterar los principios de la Religion Católica; porque las razones y acciones de los amos, influyen en gran manera en la conducta de los criados; así que somos dos veces reos cuando les damos mal ejemplo. Finalmente, la caridad, la justicia y la humanidad nos mandan que los tratemos con dulzura é indulgencia; que nos ocupemos en sus intereses, que los protejamos siempre que haya ocasion, y que los cuidemos con mucho afecto cuando están enfermos ó se hallan inútiles, habiendo envejecido en nuestras casas.

Al pronunciar la Marquesa estas palabras se levantó para ir á paseo; pero Carolina la detuvo diciendo : que tenia que confesarle que aquella mañana habia estado de mal humor con Pulqueria. No dudo, dijo la Marquesa, que al instante habrás satisfecho esa culpa. — Sí, señora. — ¿Pero de qué modo? — Me he violentado, he venido mi mal humor, y lo restante de la mañana he estado como de costumbre... — ¿Y no le has pedido perdon, ni le has manifestado el sentimiento que tenias de haber sido injusta un rato? — Al punto que ella me ha visto de buen humor se ha puesto tambien muy alegre, y no daba señas de estar sentida de nada. — ¿Y porque ella no tiene rencor has de parecer tú insensible? Si yo hubiese faltado al mas ínfimo criado de casa, manifestaria seguramente mi arrepentimiento, y creeria honrarme á mí misma dándole una satisfaccion proporcionada á la ofensa, porque no hay cosa que nos ensalce tanto como la equidad. El defecto mas intolerable que hay en la sociedad es el de no saber conocer y enmendar nuestros yerros. Somos tan imperfectos, que no se pasa dia sin que cometamos algunos : por tanto, la persona mas amable y atractiva será siempre aquella que confesando sus defectos, manifestare mas franqueza y sensibilidad. Este es el talento sublime de los corazones generosos, en tanto que las almas débiles y limitadas, poseidas de una mala vergüenza, quieren mas agravar sus culpas, que no dar un paso, ó